

FRANCISCO LARIOS¹

Es ella, que no llega

Ni los gatos negros de mi barrio me reconocen,
[ni los perros
hambrientos me aúllan, ni las mariposas de la noche se
acompañan de mí, ni las sombras se apartan
cuando paso;
las ranas celebran el bochorno de Agosto dándome la
espalda.
Así decide mi mundo conocerme,
de la misma manera que me ignora.
¿Será mucho pedir que un cisne
toque mi ventana con su pico?
¿Será que la herejía lo ha arruinado todo?
¿Qué ya nuestras vidas
no son los ríos
que van a dar a la mar,
sino una perenne
procesión de luciérnagas musgosas?
Lanzo la pregunta una
dos tres cuatro cinco seis
siete veces

¹ Poeta nicaragüense, es Doctor en Economía, consultor y actualmente profesor adjunto en la *Nova Southeastern University* en Davie, Florida. Ha publicado *Cada sol repetido* (Managua: Anamá, 2010) y *Astronomía de un sueño/Astronomy of a dream*, en *Carmina in minima re* (Barcelona, 2013). Tiene varios libros inéditos de poesía y narrativa, así como poemas publicados en medios digitales.franjlarios@comcast.net

Siete veces siete
veces siete, y los gatos
negros de mi barrio
maúllan la rutina, los papalotes
me apartan a empujones, las ranas
vomitan en círculo sus
órdenes sonoras
a la criatura que esperan
desde el fondo del lago.
Y no hay cisne dispuesto a tocar
mi ventana con su pico.
Parece que sí, que la herejía
lo ha arruinado todo.

La máscara y el polvo

El trabajo de la memoria
es olvidar.

Innecesario cubrirse la cara.
Más bién inútil.
La máscara
y el polvo
se derriten
Se derriten Se derriten
Y nada pasa

Un volcán
y el corazón
de una lágrima
sienten
lo mismo.
Tapan el sol
Estallan
Sus faldas se agotan
Se derriten Se derriten
Se derriten
Y nada pasa

El trabajo de la memoria
es olvidar.

Notas sobre la soledad

En un inicio la soledad te acompaña.
Una muchacha atada a un cactus,
las líneas del pubis intensamente claras,
el vientre tenso;
piensa en todas las cosas importantes
que no lo serán
porque de todas las cosas solo el cactus
será joven,
porque de ellas es el reino
y su reino no es de este mundo.

En un inicio la soledad se desprende
de sí misma y cae en tus brazos
como en una canasta.
Y sus ojos son de azul-agua o quizás
de mar-fotografía
o de dulce-chocolate.

Como en un principio ha de haber sido
estar atado a un cactus
pensando en todas las cosas importantes
que no lo serán porque es la nube
la que pasa
y no la lluvia que en diminutos cráteres
se seca en medio del desierto.